

Estrellas pintadas

Tomás Villa Cordova*

*Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Resumen

Se realizaba una comisión por parte del Área de Atención a Grupos Sociales de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, a la comunidad de Chicoloapan, Estado de México, cuando ocurrió el sismo del 19 de septiembre de 2017. En este texto se presenta una crónica del suceso.

Palabras clave

Sismo; Chicoloapan; crónica.

Abstract

A commission was made by the Área de Atención a Grupos Sociales of the Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, to the community of Chicoloapan, State of Mexico, when the earthquake of September 19, 2017 took place. In this text is presented a chronicle of the event.

Keywords

Earthquake; Chicoloapan; chronicle.

El martes 19 de septiembre de 2017, al entrar a la comunidad de Chicoloapan, en las riberas del antiguo señorío de Texcoco, escuchamos por la radio, mi jefa, Jennifer Bautista, nuestro improvisado y joven chofer, Hugo Uribe, y el que esto escribe, un sonido ahora ya familiar. En la bocina del automóvil del INAH, la alarma sísmica ululaba en un simulacro nacional, cuya intención era ponernos en alerta ante esos fenómenos.

Pero el sonido logró que mi mente recorriera las cortinas del tiempo y volara, rememorando la mañana de ese otro 19 de septiembre, pero de 1985, cuando en mi afán de presentarme en el curso propedéutico de la ENAH atravesé, de cabo a rabo, la Ciudad de México en los momentos apenas posteriores del sismo aquel, viaje que me mostró una urbe que, en ese instante, tardaba en comprenderse herida y se mostraba a sí misma en el áspero ambiente de un territorio bombardeado.



Recordaba a esa ciudad, a la luz de la imagen de uno de esos gigantes que habitaron los soles antes de los hombres, aquellos a los que los antiguos hombres del Anáhuac atribuían fuerza y brutalidad formidables, así como la capacidad de construir edificaciones imponentes que rivalizaran con las divinas. Colosos descomunales que se saludaban diciendo “no se caiga usted”, pues si caían no se levantaban de ahí jamás. La ciudad de ese momento lucía en mi recuerdo, como ese ciclópeo personaje, caído y herido de muerte.

Ni siquiera, creo que en el momento del ulular del simulacro de alarma sísmica, me diera cuenta de cuántos años pasaron de todo aquello y cómo la vida, se acomodó entre ellos, antes de dejar mis recuerdos para otros momentos y dar la vuelta a la hoja, fijando mis derroteros en el traslado emprendido a Chicoloapan.

La intención del viaje aquel, a las antiguas orillas del lago, era llegar a esa comunidad y presentar una plática frente a un grupo de nuevos mayordomos con la asistencia del Sr. Federico Padilla y un pequeño grupo de interesados en la restauración y conservación del templo. Implicados todos en mediar entre los hombres y obtener recursos para estos menesteres, como dirían los alarifes de antaño “más de cal y canto”. Mientras que el reloj de la vida, a nuestro parecer de un tamaño diminuto y dócil, continuaba corriendo, acercándonos a nuestros compromisos con la existencia, creciendo el mecanismo con cada tic tac a nuestras obligaciones hasta tener tamaño gigantesco y un carácter insumiso a nuestros designios.

Al llegar a nuestra cita, la reja del viejo templo con su triple arcada, se encontraba cerrada ante nosotros y la fachada del santuario, inerte y muda, miraba al poniente, recortada por los escasos árboles de su atrio. El templo elevando su campanario, rasgaba el cielo como arañando las nubes con el alto cupulín engalanado con una cruz, y se miraba altivo, firme en su desafío al azul infinito del cielo.

Pronto, se decidieron los presentes a la acción, se acumularon los escasos invitados y se dispuso la llave a penetrar el cerrojo, abriendo las terrenas puertas para permitir el paso de propios y extraños, e incluso dejando ingresar a vehículo y visitantes hasta el mismo atrio, quedando este apostado justo a la izquierda del gran portón de acceso al templo e inmediatamente bajo el agudo campanario (Figura 1).



Figura 1. Justo a la izquierda del gran portón de acceso al templo e inmediatamente bajo el agudo campanario. Imagen: ©CNCPC-INAH, 2016.

—Ahí no se ve.—dijo alguno y otro contestó: —déjelo junto a mi camioneta que está enfrente del carro del padre...

Y ahí quedó el blanco vehículo, flamante a la luz del sol de la mañana, mientras nosotros rápidamente sacábamos materiales: computadora, cañón, folleteras y maletas con cables y extensiones en una serie folclórica de bolsas y equipajes, rellenas de utensilios, que serían arrastrados hasta uno de los salones parroquiales. Éste con sus pequeños pupitres pintados de gruesas capas de pintura de aceite, donde apenas cabíamos en las butacas —¿o era al revés?—, dando un aire de antigua escuela primaria al espacio.

En su interior como seres infernales, buscando huir de la luz del pequeño patio al oriente del aula, buscábamos la mejor orientación para que las transparencias de la presentación pudieran ser vistas por los 20 asistentes a la plática.

La misma, versaba sobre las dificultades y peligros que acarrea el uso de ingenios y fuegos artificiales usados en las fiestas parroquiales, que con una vehemencia sublime expulsan los pecadores hacia el cielo con la intención nada velada de atraer la atención divina, y la no tan divina de marcar el terrenal espacio de la pachanga y el bailongo sobre la tierra. Quemando en el proceso billetes a raudal y con ello haciendo peligrar la hacienda e incluso la vida de los viandantes a cada detonación (Figura 2).



Figura 2. La intención nada velada de atraer la atención divina. Imagen: ©CNCPC-INAH, 2016.

Hablamos y hablamos, y al parecer, entendieron razones nuestros interlocutores. Volando palabras que referían todo un tejemaneje de explicaciones sobre las acciones de autoridades locales, intereses públicos y privados y la sanísima intención de perpetuar la fiesta parroquial y abrir, como debe de ser, un espacio liminar entre los hombres y sus orígenes bajo la vista del santo patrono.

Una vez zanjados los problemas y de vuelta la paz entre los hombres, las despedidas se hicieron notar y los fuertes apretones de manos que en México son el prelude de una invitación a continuar (en este caso con el desayuno), no se hicieron esperar.



El Sr. Padilla me hizo la mención correspondiente y desde luego yo se la hice notar a mi jefa, que para mi desgracia, desistió galantemente a la propuesta, dejando un agujero en nuestro corazón –bueno como una cuarta más abajo–, aduciendo –cosa que a mi pesar, era real– que teníamos mucho trabajo en la oficina. Sobre todo después del sismo del 7 de septiembre apenas ocurrido.

Los adioses y los apretones de mano se multiplicaron exponencialmente, en una franca huida del terreno que pondría por desgracia y sin duda, territorio entre el humeante café y nuestros atribulados cuerpos. Caminamos arrastrando de nuevo las bolsas y maletas aturdidas de cables y enceres, hasta el auto, dejando a nuestros amigos y extraviados convidantes en el centro del atrio. Las puertas del auto se abrieron y depositamos esa parte de nuestra vida dentro del mismo, dispuestos a continuar acomodándonos en nuestros respectivos lugares.

En el momento de penetrar la llave en la ignición del automóvil, las muescas embonaron, una por una, ante la fuerza de la mano de nuestro chofer que se percató del movimiento de inmediato.

–Está temblando– Dijo...

Captando toda la atención de los oyentes con la sola mención, mientras los cuerpos se tensaban y se crispaban los sentidos, momento en que los delicados huesecillos del oído escuchan sin oír el murmullo del clásico: ya bailó... –como dicen en mi barrio–.

De pronto, el auto comenzó un violento movimiento trepidatorio a resultas del que sufría el territorio extenso de 5 estados de la República, con una violencia y frecuencia particulares, a lo que no pude sino replicar:

–Sálganse todos, pero ya, dejen todo, vá-mo-nos.

Abriendo las puertas y apurando a mi jefa, que un poco aturdida, por mi asechanza, intentaba como buena dama, recuperar su bolsa del interior del vehículo.

–Deja todo ándale–

Tratando de mantenernos en pie caminábamos a tumbos con dirección a nuestros amigos en el centro del atrio.

Uno, dos, tres metros, –pasa, adelántate Jenny–

Cinco, seis, siete metros desde el auto. Ya se escuchaban los: –dios mío, está muy fuerte– de una voz indefinida.

Ocho, nueve... el estruendo.

Giro mi cabeza instintivamente y al hacerlo logro ver caer piedras y polvo sobre el auto en un *close up*.

Giro, que continuara mi cuerpo, ampliando la visión al grupo de autos estacionado bajo el campanario. Perspectiva desde la cual se advertía como se dejaba caer sobre los mismos una granizada de piedras provenientes de la parte baja de los pilares del cupulín, ya sin cruz, que cada vez se separaba en su movimiento más y más de su vertical, mostrando en esa ruta, una circunferencia de hipnótico y risible recorrido. Mientras que, templo y torre dejaban de estremecerse como un solo elemento, para empezar a “caminar” a destiempos. En una sinfonía de convulsión y sonido, de piedra hecha jirones, y de crujido y repique diabólico de campanas. De mi voz salieron palabras sin pensar en ellas:



—¿Quién está en la iglesia?— Dirigiendo la mirada al más cercano de los hombres en el centro del atrio. —No hay más que dos gentes— me contestaban, mientras el terremoto continuaba y veíamos salir disparado a un cristiano (sin duda era uno, por encontrarse en esa locación) hombre que evadía su suerte al salir por la esquina sur de la puerta, desde la negrura del interior del templo, en medio del polvo y el rebote de las piedras que caían sobre los autos y sobre el suelo, convirtiéndolas en esquirlas en el proceso.

Otra figura tambaleante emergió desde el interior de la iglesia por la izquierda de la puerta, que era justo el lado donde se pulverizaba el campanario ante el movimiento. Y un anciano se dibujó en la oscuridad. Con lo que comenzamos a gritarle que se quedara dentro, que no saliera, como así lo hizo hasta terminado el terremoto.

Mis ojos se clavaron entonces en el desplome de los cuatro pilares del cupulín del campanario, mientras las campanas continuaban sonando y, completo, el armatoste puntiagudo caía pesado sobre escombros, aún en la cúspide del campanario.

Una piedra en cámara lenta cayó los 20 o 30 metros de altura de la torre, ahora trunca, para estrellarse como muchas otras antes en el blanco auto, causando un violento movimiento del mismo, como el de un hombre acosado por la epilepsia, rebotando la roca en el metal para precipitarse ahora sobre el piso, despedazándose contra él. Una esquirla de la misma saltó una y otra vez en los duros adoquines del suelo, perdiendo masa en el trayecto, hasta abalanzarse, ya sin fuerza destructiva, contra mi pierna, marcando con su itinerario una serie de estrellas pintadas sobre el piso del atrio, y dejar su sello en la mezclilla de mi pantalón, inscribiendo con ello el fin del terremoto (Figura 3).

En el siguiente instante y sin asentarse todavía el polvo de los derrumbes, aún no lo sabía, pero había comenzado el trabajo de reconstrucción.

22 de noviembre de 2017



Figura 3. Estrellas pintadas. Imagen: © Verónica Elizeth García Pérez, 2017.

